

A punto está, si no lo ha hecho ya cuando se publiquen estas líneas, de formar Gobierno en Francia Raymond Barre. Está en la lógica: no se despidió al primer ministro que ha ganado unas elecciones, aunque hubieran abundado los rumores en el sentido de que se iba a buscar otra personalidad más neutral. Después de todo, Raymond Barre, con su plan de austeridad económica, había concitado la indignación y el resentimiento de una gran cantidad de franceses que son los que han dado tantos votos a la izquierda, y le hubieran dado también el triunfo de no haberse suicidado ella misma, por sus oscuras querrelas. No está claro, por consiguiente, que Barre haya ganado las elecciones, sino que la izquierda las ha perdido. Y Barre hubiera podido ser amablemente despedido en aras de la nueva adquisición del vocabulario político francés: la "descripación". Pronto aparecerá en España, con ese persistente mimetismo con que se siguen las fórmulas políticas francesas. Y falta haría no el vocablo, sino la realidad: la descripción auténtica. Otra anotación lingüística del momento francés es la que habla de la "cohabitación razonable de la mayoría y de la oposición".

Este es el sentido que Giscard está queriendo dar a esta fase de su presidencia, o de su presidencialismo para ser más exactos. Y a ello obedecen las citas que ha tenido con los principales dirigentes de la oposición: el socialista Mitterrand, el comunista Marchais, el radical de izquierdas Fabre. Comentadas con muy diverso talante por cada uno de los interlocutores. Fabre ha sido el más elogioso. Su pequeño partido ha estado pisoteado dentro de la frustrada unión de la izquierda. Es lógico que busque otra postura. Quizá pueda obtener algún premio de consolación. Mitterrand ha estado más bien ambiguo. Cree en la buena fe del Presidente de la República, en sus auténticos deseos de "descripación" y en su voluntad de que la vida política no sea una guerra, una división entre "las dos Francias", pero teme que no puede ir demasiado lejos porque, dice una publicación socialista —la "Lettre de l'unité"—, no tiene "los medios parlamentarios de la política que se supone que desea hacer". En efecto, hay como se sabe una oposición dentro de la mayoría, la oposición que dirige el alcalde de París y jefe del RPR —la derecha clásica, tradicional—, que tiene en sus manos muchas posibilidades, y que es-



El suarismo de Giscard d'Estaing

EDUARDO HARO TECLEN

tá frente a la "apertura". Porque teme un cambio de alianzas de Giscard. La guerra por la presidencia de la Asamblea, dentro de la mayoría, ha sido sangrienta. Es sólo un síntoma.

De los tres visitantes de palacio, de los tres jefes de la oposición de izquierdas que por primera vez después de veinte años han entrado en contacto coloquial con el poder, el más distante es el comunista Marchais. Ha aparecido molesto, incluso, de haber sido citado: ha ido como a la fuerza, por la obligación que tiene todo ciudadano francés de acudir a una llamada del Presidente de la República, y subrayando mucho esa connotación de lo obligatorio, incluso para protestar del uso presidencial de esa prerrogativa. Ha explicado que en la entrevista ha enfrentado al Presidente con la responsabilidad de un país que vive en la inquietud, de una clase obrera con una disminución constante en el nivel de vida y con un paro creciente; ha insistido en su inagotable tema de la fijación del salario mínimo a 2.400 francos

—como cuarenta y cinco mil pesetas— y, en una palabra, se ha distanciado. Como antes se había distanciado de sus compañeros de la izquierda. Es su política: buscar la soledad en la oposición y recoger todo el descontento del país. Lavar continuamente al eurocomunismo de toda sospecha de colusión con el poder o con la sociedad dominante. Una política arriesgada, que le está proporcionando algunas inquietudes internas. Ningún partido, ningún grupo, ha salido indemne de estas elecciones, todos tienen que rendir cuentas ante sus militantes y simpatizantes, y a todos se les piden responsabilidades. A Marchais le han salido críticos serios: Raymond Jean, Roger Navarre, Jean Rony. Los temibles, los espantosos intelectuales del partido. Son los que creen que Marchais ha echado a perder por muchos años la gran esperanza de la izquierda, los que suponen que todo es fruto de una maquinación personal de Marchais, los que ponen en duda algo que es una piedra angular en toda la política de

los partidos comunistas de hoy: la personalidad del secretario general. Demasiado fuerte, y el partido se encierra en el autoritarismo: demasiado débil, y se puede desmoronar todo. El secretario general fuerte es un residuo de los viejos tiempos, dicen los críticos, y Marchais está ahogando las posibilidades de la democracia interna. Para Raymond Jean, el partido no ha sabido asimilar las enseñanzas del XXII Congreso —hace dos años—, que consistían en presentar el marxismo como una capacidad de dudar, de examinar las realidades sin consignas ni orientaciones previas, y sigue con la política de verdades absolutas. Ejemplo para Raymond Jean, el PC español: "Nuestros camaradas españoles tienen razón cuando nos dicen que no hemos sabido realizar con audacia la alianza política y que no hemos sabido aplicar los principios del eurocomunismo. Tienen razón para decirnos, sobre todo, que hemos perdido una ocasión histórica y que hemos dado un ejemplo negativo, que es grave para toda Eu-

ropa". Parece —dicen algunas informaciones— que en el Comité Central se van a tomar medidas disciplinarias contra estos disidentes. Lo cual aumentará la disidencia. Ser comunista ya no es hoy tan fácil como lo era antes.

Si el Partido Socialista tiene dentro la fuerte oposición contra Mitterrand que suscita el haber insistido en la colaboración con los comunistas, que los tradicionales del partido consideran siempre imposible, y el PCF ve crecer la polémica pública citada, la mayoría tampoco ha salido indemne. Se sabe cuáles son las tensiones anti-guerras entre los dos grupos dominantes, el de Giscard y el de Chirac: se acrecientan con el reproche y las sospechas que estos últimos sienten al ver visitar el Elíseo a los dirigentes de la oposición de izquierdas batidos. Pero se acentúa dentro mismo de los "chiraquianos", por la lucha interna hacia la presidencia de la Asamblea Nacional, que no es más que un síntoma.

Nada de esto es enteramente asombroso. Es la consecuencia del resultado de las elecciones y más concretamente de los dos resultados de cada uno de los turnos de escrutinio, que han representado como dos elecciones diferentes y consecutivas. Pero la realidad es que todo ello lleva al país bastante lejos de los intentos de "descripsación" que está realizando Giscard d'Estaing. Que, visto desde nuestra óptica, parece, sobre todo, un suarismo, salvando las distancias entre las dos políticas y los dos países; y, sobre todo, teniendo en cuenta que la descripsación de base, anterior a la política de ese nombre, la da el propio pueblo francés con su vieja experiencia política y con ciertas características históricas y nacionales, mientras que en España la crispación es consustancial, por otras razones también históricas y de carácter nacional. El "suarismo" de Giscard d'Estaing consistiría en tratar a la oposición algo mejor de como se la ha tratado. Como la política francesa es una política de hechos, mientras la española es una política de palabras, es posible que llegue más allá de lo que puede llegar el "modelo español". Se trataría de lo que se llama "un estatuto de la oposición", que estaría basado en la filosofía expuesta por el Presidente Giscard en su libro "Democratie française" y en el contexto general de sus declaraciones. Escribía Giscard que "la vida democrática es, ciertamente, un debate y una concurrencia. Pero este debate y esta concurrencia pueden dejar intacto un acuerdo fundamental sobre los

principios de la organización de la vida social; o presentarse, por el contrario, como el choque entre dos conceptos opuestos de la sociedad". Naturalmente, se inclina por lo primero: el Pacto del Elíseo podría ser una refundición del pacto de la Moncloa, en el que ya se proponía ese acuerdo fundamental de principios. Con un respeto al pluralismo —que es, dice Giscard, algo que aceptan enteramente todas las tendencias políticas— que no heriría a los "principios de organización". Pero en Francia la situación es distinta que en Italia o en España. Los partidos políticos de la izquierda no tienen complejo de inferioridad: han gobernado en otros momentos, o han participado en gobiernos. Tienen masas de militantes, sindicatos de gran fuerza, una gran raigambre en el país, y no temen directamente que un golpe de fuerza les anule. No acaban de salir de la ilegalidad, como en España, ni han conocido un "estatuto de la oposición" que consistía en encarcelarles, perseguirles, destrozales. Tampoco la crispación francesa está en el punto en que se encuentra la política y la vida italiana, que fuerza al "arco constitucional" a todas las contracciones posibles. Giscard proponía, cuando todavía era candidato a la Presidencia, un estatuto de la oposición, del que aún dudaba si debía ser un estatuto o "estrictamente jurídi-

co" o solamente un estatuto de "usos y costumbres". Cuatro años después de su elección, el estatuto no existe todavía y lo que está pretendiendo ahora puede ser un principio. Espacios en la televisión, derechos de réplica, consultas en tiempos de situaciones agudas...

"¿Y el estatuto de la mayoría?", exclama, con alguna indignación, Michel Debré, que fue primer ministro del general De Gaulle y representa la derecha autoritaria y tradicional. "La democracia exige relaciones corteses entre todos aquellos que, como representantes del pueblo, tienen responsabilidades con respecto a su país. Pero la democracia es también la ley de la mayoría (...). En los cinco años que vienen, quien sea realmente un demócrata deseará que las formaciones de la mayoría intenten entenderse. Son responsables ante el elector de la política que va a realizarse. Y cuando oigo hablar de un estatuto de la oposición, tengo la tentación de gritar: primero, un estatuto de la mayoría (...). El respeto del cuerpo electoral exige que entre el Gobierno y las formaciones que le sostienen haya un acuerdo y, que si hay desacuerdo no se vaya a buscar para reemplazar a una formación de la mayoría los votos en la oposición. Actuar así es destruir el régimen parlamentario y la democracia".

Esta es la voz de la derecha dentro de la derecha. Como Suárez, Giscard busca el equilibrio para su poder inclinándose hacia quien le conviene en un momento determinado. Como Suárez, en un momento donde el problema principal está en la izquierda —en los obreros, en la deterioración de la sociedad de consumo, en el descontento creciente de las masas, en la esclerotización de la vida cotidiana— el consenso necesario para evitar huelgas, manifestaciones, acciones de protesta. Cuando habla de descripsar la vida nacional, está hablando concretamente de eso. Y como Suárez, se encuentra la crítica de su propia derecha, que se siente dañada en sus propios intereses —o teme estarlo— en cuanto abandone sus líneas clásicas de defensa, que son las líneas de la fuerza. "La ley de la mayoría", como dice Debré. Tiene a su favor que el enjambre de problemas es distinto: ni la economía es tan dramática como en España, ni las cuestiones autonómicas tienen ningún parecido, ni la estabilidad de la vida política y social está tan amenazada. El "terrorismo" le ha llegado, hasta ahora, en pequeñas migajas —puede crecer, puede estallar entre las manos— y, en fin, las disputas internas con la derecha no llegan todavía a la situación en que un ministro del Interior tiene que llegar a las manos, ayudado por un gobernador civil, con los elementos de la derecha dentro de la derecha dentro de la derecha, como ha sucedido aquí. Es un suarismo bastante más fácil.

Pero es cierto lo que dicen los socialistas: Giscard no tiene los medios parlamentarios para realizar esa apertura —¿los tiene Suárez? Sí, por ahora— y, efectivamente, buscar alianzas y votos en la izquierda para desprenderse de la derecha tradicional que le atenaza podría constituir un escándalo en Francia, donde todavía ciertos principios, ciertas convenciones —aunque la política sea también un cinismo, y quizá con la tradición que en otros países— no están tan degenerados como para violarlos tan fácilmente.

Los congresos y reuniones de las direcciones de los partidos van a iluminar en los próximos días la situación francesa, así como ciertos hechos importantes oficiales: la presidencia de la Asamblea, la formación del Gobierno con su reparto de carteras, la formación de grupos parlamentarios. Pero mucho de lo que pueda suceder en los próximos años, sobre todo en los que median hasta la elección de presidente de la República —diciembre de 1981— van a estar enteramente influidos por lo que suceda en la sociedad. Como en España. ■



De los tres jefes de la oposición de izquierdas que han pasado por el Elíseo, el más distante es Marchais, que sale molesto, incluso, de haber sido citado por Giscard.